

esto que os digo es el lenguaje de la lisonja: no; *Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo.*» (*In visceribus Jesu Christi.*) Os amo, porque amáis á Cristo nuestro Señor; os amo y desearía veros felices, veros ricos en dones espirituales, ricos en méritos; os amo y desearía colocaros en el cielo, proporcionaros allí uno de los primeros puestos, ponerlos á todos cerca de Jesucristo y si posible fuera, dentro de sus mismas entrañas divinas. Dios que conoce el fondo de mi corazón puede dar testimonio de que el amor que os profeso es muy tierno, muy vivo y muy ardiente; y «*lo que le ruego es que vuestra caridad vaya en aumento, que os adheráis á El más y más, y que os unáis siempre á El del modo más íntimo.*» (*Hoc oro, ut charitas vestra magis ac magis abundet.* Verso 9.)

Hermanos míos, así se expresa el Santo llamado *Boca de oro*. ¿Para qué necesitáis saber más? Tal es, en substancia, el vivo interés que se tomaba el Apóstol por la salvación de los filipenses y por todos los cristianos; y como el amor en el cielo no se extingue, ni se aminora, sino que, por el contrario, se acrecienta y perfecciona, es evidente que desde aquellas mansiones de gloria continúa San Pablo amándonos á todos, y alcanzándonos del Señor los auxilios necesarios para combatir y vencer en este valle de miserias.

Y como, por otra parte, todos los bienaventurados del cielo arden más ó menos intensamente en el mismo amor y participan del mismo espíritu y desean nuestro bien y que se acrecienten con los nuestros los eternos loores á Dios nuestro Señor, no se puede negar que todos se interesan en nuestra victoria y recaban del Padre celestial para nosotros gracias abundantes para obtener cumplido triunfo del mundo, del infierno y de nuestras propias concupiscencias.

Por último, no solamente los ángeles, no solamente los bienaventurados del cielo, sino también las almas santas que están en el purgatorio y las personas justas que existen en la tierra, se unen á nosotros mediante la oración, los sacramentos, las mortificaciones y la santa Misa, y solicitan en nuestro favor poderosos socorros.

En una palabra: la Iglesia triunfante, la paciente y la militante, en unión de Cristo nuestro Señor y por sus méritos infinitos, nos granjean de la divina bondad gracias tan copiosas, dones tan excelsos y armas tan fuertes, que ni mil legiones de espíritus infernales encarnados en los hombres mundanos son capaces de mermar nuestra fe, ni debilitar nuestra esperanza, ni entibiar nuestra caridad; antes por el contrario, robustecidos y animados con tales ayu-

dadores, con tales intercesores y con tales gracias, exclamaremos enérgicamente con San Pablo: «*Ni el temor de la muerte, ni el amor á la vida, ni los ángeles malos, ni los príncipes de los demonios, ni las potestades del mundo, ni los tormentos que nos hacen sufrir al presente, ni los que nos pueden hacer padecer en lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo más terrible y funesto que puede suceder á los hombres, y aunque todo el mundo se revuelva de alto á bajo, nada nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo nuestro Señor.*» *La victoria que vence al mundo es nuestra fe* (1). *Todo lo podemos en Aquel que nos conforta.*—(*Omnia possumus in eo qui nos confortat.* Philip., IV, 13.)

Tal es, amados míos, la fortaleza que el Señor puso en el corazón de San Pablo; tal es la que han tenido siempre los héroes del cristianismo, y tal será la nuestra con la ayuda de Dios Omnipotente; teniendo por cierto, como dice hoy nuestra Epístola, que *Dios nuestro Señor, que comenzó en nosotros la obra buena, El la proseguirá y perfeccionará hasta el último suspiro de nuestra existencia,*» y entonces recibiremos de su divina bondad la eterna corona de la gloria. Amén.

## HOMILIA 2.<sup>a</sup>

### Para el Domingo XXII después de Pentecostés.

#### Medios para obtener la victoria espiritual.

**A**MADOS hermanos míos: El glorioso San Pablo, *vaso de elección*, de quien dijo San Jerónimo que era arca preciosísima de la Ley y de las sagradas Escrituras (2), al escribir la Epístola de este día á los Filipenses, les declara un afecto singular, orando y dando gracias á Dios por ellos, y confiando que el Señor les había de conservar y perfeccionar en su amistad, con aumentos de ciencia y de dilección sagrada, hasta quedar colmados de bue-

(1) Rom., VIII, 38 y 39; y I Joann., V, 4.

(2) Cur dicitur Paulus «vas electionis»?—Quia legis et sanctarum Scripturarum erat armarium. (Hieron. ad Paulin.)

nas obras, por la gracia de Dios nuestro Señor. Oid sus mismas palabras, que son hermosas sobre todo encarecimiento. Dice así:

*«Hermanos: Tengo la firme confianza de que Dios, que ha comenzado en vosotros la obra de vuestra salvación, El mismo la acabará y perfeccionará más y más, hasta el día de Jesucristo. Y es muy justo que yo sienta esto de vosotros, porque os tengo en mi corazón, y porque toméis parte en mis prisiones y en la defensa y confirmación del Evangelio, y sois todos compañeros de mi gozo. Porque Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo. Y lo que le pido es que vuestra caridad crezca más y más en luz y en toda inteligencia, para que sepáis discernir lo que es mejor, y seáis puros y sinceros, y no sea interrumpida por caída alguna vuestra carrera hasta el día de Jesucristo; y para que en alabanza y gloria de Dios, seáis llenos de frutos de justicia, que nos son dados por Cristo nuestro Señor. (Philip., I, 6 á 11.)*

Hasta aquí el Santo Apóstol; y dejando aparte el mostraros cuán poderosos son los auxilios con que el Señor nos favorece, ya por sí mismo, ya por el ministerio de sus ángeles, ya por los bienaventurados del cielo, ya por las ánimas benditas del purgatorio, ó ya por los hombres justos de la tierra, intento hoy solamente daros á conocer cuándo, con dichos auxilios, podemos dar por vencidos á los enemigos de nuestra alma, y tener confianza grande de nuestra salvación.

Dos son las señales que en la Epístola nos da el Apóstol, y por consiguiente, dos serán los puntos de que ahora os hablaré, á saber:

- 1.º De la caridad para con los ministros del Señor.
- 2.º De las miras con que ha de ejercitarse.

#### PUNTO 1.º

##### CARIDAD PARA CON LOS MINISTROS DEL SEÑOR

Digna es de notarse, hermanos carísimos, la firme confianza del Apóstol en que Dios nuestro Señor había de dar á los Filipenses la eterna salud, y mucho más las razones en que se funda.

*«Porque os tengo—dice—en mi corazón, y porque toméis parte en mis prisiones y en la defensa y confirmación del Evangelio.» (Verso 7.)*

Lo cual es como si dijera: «Primeramente fundo mi confianza en que os llevo en mi corazón, en que sois para mí queridísimos, y

por consecuencia, en que estais siempre delante de mis ojos y no puedo menos de rogar de continuo y con vehemencia al Señor para que os otorgue el inefable don de la perseverancia. Y ¿cómo es posible que la divina Bondad no os la conceda, pidiéndola nosotros humildemente en unión de su Hijo unigénito Jesucristo, y por sus merecimientos infinitos? Este es grande motivo de confianza.

Además, según los sagrados intérpretes, San Pablo sentía en su corazón mucho más que lo que podía expresar, y aun deseaba más de lo que podía sentir, por cuyo motivo, no pudiendo manifestar su tierno afecto á los Filipenses con su propio corazón, recurrió al corazón de Jesús, penetrando íntimamente en él por el amor, por la intención, por la voluntad, y entonces, ya existiendo y como respirando en el corazón de Cristo, le hizo suyo, y usó de él para amar á los Filipenses con igual ternura que los ama el corazón del divino Salvador; esto es, con la mayor fineza de amor que es posible á la humana criatura.

Y comoquiera que esta singular y maravillosa dilección permanecía oculta en su pecho, quiso mostrarla con toda claridad á los Filipenses, diciéndoles: *«Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo.» (In visceribus Jesu Christi. Verso 8.)* Es decir: «Dios me es testigo de que yo, Pablo, existiendo en las entrañas dulcísimas de Jesús, os amo á todos con el corazón del mismo Jesús, deseando veros á todos dentro de esta entraña divina, y que viváis de la misma vida de Cristo y como respirando con los mismos latidos de su corazón amante.»

Verdaderamente, amados míos, que esta manera de hablar en el Apóstol, encanta y enamora; porque *amar en las entrañas de Jesucristo (in visceribus Jesu Christi)* significa amar con amor íntimo, ardiente y sobrenatural, ó mejor dicho, con el mismo amor divinísimo y ternísimo de Jesús, y al propio tiempo nos enseña el modo práctico de recurrir al corazón deífico, para amar á nuestros prójimos de una manera digna de Dios.

Así, de esta suerte, debemos amarnos los unos á los otros, haciendo nuestro el corazón sacratísimo de Jesús; pues sólo por el corazón de Cristo puede Dios ser dignamente amado, dignamente adorado y dignamente honorificado; puesto que, siendo Dios infinito, exige infinito amor, infinita adoración é infinita glorificación.

¿Qué es, cristianos, nuestro corazón y nuestro amor en comparación de lo que Dios merece? ¿Qué somos nosotros mismos, y qué el mundo entero en su divina presencia, sino punto menos que nada? Nada es nuestro amor, nada nuestra adoración, nada nues-

tro culto... Y sin embargo, ¡Dios se contenta con esta nada! Pero, ¿cómo? Uniéndonos nosotros al Corazón de Jesús, haciendo nuestros sus afectos para amar á nuestros semejantes por Dios y á Dios por sí mismo.

¡Oh! El amor de Cristo, ó sea aquella tierna dilección con que Cristo ama á Dios, es infinita, es adoración infinita, es culto infinito, y nosotros, si queremos ofrecer á Dios algo que sea proporcionado á El, forzoso es que recurramos al corazón del mismo Cristo, y le hagamos nuestro, y con él amemos á Dios por sí mismo, y al prójimo por Dios.

Para esto nos fué dado el corazón divino, para esto nos fué dado el Hijo de Dios como mediador nuestro, para que por El tengamos acceso á Dios Padre y como tal le adoremos; para esto Cristo es nuestra cabeza y nuestro corazón, para esto somos nosotros miembros y cuerpos suyos; para que por El amemos á Dios de una manera digna como El merece ser amado. ¡Oh corazón divino, cuán poco piensan en esto algunos cristianos! \*

Mas continuando con el texto de nuestra Epístola, añade inmediatamente el Apóstol, que funda su confianza, respecto de la salvación de los Filipenses, *en que ejercitan la caridad con los ministros del Evangelio. «Porque veo—dice—que tomáis parte en mis prisiones y en la defensa y confirmación del Evangelio, y sois todos compañeros de mi gozo.»* (Verso 7.)

Es decir que el Apóstol mira á los Filipenses como escogidos de Dios para el cielo, no sólo por que él los ama tiernamente en las entrañas de Jesucristo, sino *porque habian tomado parte en sus aflicciones, porque le habian enviado con que satisfacer sus necesida-*

\* ¡Oh! Por el contrario, hay en nuestros tiempos muchos hombres desdichados que odian y abominan al Corazón sacratísimo de Jesús.—¿Por qué, se dirá, obran de esta manera? Si el Corazón de Jesús es todo amor, ¿por qué le aborrecen?—Es muy sencillo, carísimos hermanos. El Corazón divino *es Rey de todos los corazones*, y con derecho propio quiere reinar en las sociedades lo mismo que en los individuos; y como la herejía contemporánea, ó sea el *liberalismo*, aspira á la libertad ilimitada del individuo, rechaza ese reinado, de igual manera que *rechaza toda autoridad ya religiosa, ya política, ya también doméstica; ó cuando menos pretende que el hombre sea esencialmente independiente de toda autoridad sobrenatural, y que sólo dependa de las autoridades naturales.* Y siendo esto así, como por desgracia lo es, ¿cómo es posible que la herejía reinante se resigne á doblegar su frente orgullosa ante una autoridad suprema que le reprende sus vicios, que reprime su libertinaje y que le amenaza con eternas penas si no modera y encauza sus pasiones desordenadas? Ved aquí por qué los impíos odian al Corazón sacratísimo de Jesús.

*des, y porque con sus socorros temporales le habian puesto en condiciones de predicar y extender el Evangelio de Cristo.* En suma, porque habian contribuido con sus bienes propios al sustento de los ministros del Señor, propagadores de la divina palabra. Ved aquí una señal cierta de predestinación para el cielo.

En esto se fundaba San Pablo para considerarlos del número de los escogidos; y en virtud de esto, yo os pregunto á vosotros: ¿Cuáles son, hermanos míos, vuestros sentimientos respecto de este punto? ¿Amáis sinceramente á los sacerdotes, y en especial á los ministros del Señor encargados de predicar la doctrina de Jesucristo? ¿Los respetáis y veneráis como varones de Dios enviados del cielo para la salvación de vuestras almas? ¿Procuráis que no falte la subsistencia corporal á los obreros del Evangelio, para que puedan dedicarse de lleno al estudio, á la oración, á la enseñanza de la doctrina cristiana y á la administración de los santos sacramentos? ¿Deseáis que la semilla de la palabra divina fructifique en los corazones humanos, para que se acreciente el número de los adoradores de Cristo, y para que éste reine y gobierne en ellos? ¿Contribuís, con vuestras palabras, con vuestra doctrina y ejemplos, al fomento de la Religión católica y al sostén de las casas de beneficencia, por amor á vuestros semejantes, según lo ordena Cristo nuestro Señor?

¡Oh! Si así lo sentís y así lo hacéis, permitidme que yo tome en mis labios las mismas palabras del Apóstol en la Epístola de este día y que con él os diga: «Os amo tiernamente, amados míos, y os llevo de continuo en mi corazón; quisiera libraros de los males de esta vida y ponerlos en posesión del cielo, y haceros sentar al lado de Jesucristo, y esconderos en sus entrañas divinas, por siglos sin fin. Tengo una firme confianza de que habéis de gozar algún día de esta dicha; porque Dios nuestro Señor es justo y misericordioso, y es moralmente imposible que deje de premiar cumplidamente vuestros buenos deseos, vuestros caritativos desvelos, y vuestros continuos trabajos en obsequio de nuestra sacrosanta Religión y del bien de nuestros prójimos.

Así como, por el contrario, no puede Dios menos de castigar con mano fuerte á aquellos de sus hijos que, ingratos, se desvían de su amor, que huyan de su corazón, que vivan en indiferencia y tinieblas, que le ofendan y ultrajen, y mucho más si se tornaren enemigos de su Iglesia y en perseguidores de los ministros del Evangelio. ¿Qué suerte les estará reservada á aquellos que, fieros, reniegan y abominan del Corazón sacratísimo de Jesús?

Mas dejando esto, porque sólo el pensar que entre vosotros pudiera haber alguno infiel á Jesucristo, me aflige y apena mi corazón, paso á indicaros la segunda señal de salvación que indica el Apóstol en nuestra Epístola; á saber:

## PUNTO 2.º

## LA RECTA INTENCIÓN EN LA CARIDAD

Hermanos míos, ¿cuál es la intención que os proponéis al ejercitar vuestra caridad con los sacerdotes y predicadores del Evangelio? ¿Es, por ventura, la de ser vistos y estimados de los hombres?—Mala intención, y en verdad os digo que no esperéis recompensa de Dios. Lo que se hace sólo por los hombres, á los hombres toca recompensarlo. Son obras para el viento.

¿Lo hacéis por necesidad, y como obligados por las circunstancias, sintiendo hacer tales sacrificios, y sin tener en cuenta que en ello agradáis á Dios y favorecéis al prójimo?—Esta caridad podrá ser aplaudida en la tierra, pero es inútil para el cielo. Obras para el viento.

Las obras buenas que se hacen en favor de la Iglesia, para la ostentación del culto, ó para la debida y honesta sustentación de sus ministros, es preciso que sean hechas *por amor de Dios, por darle gloria, ó por el bien espiritual vuestro ó ajeno*. Esto es lo que el Señor recompensa, esto es lo meritorio ante sus divinos ojos, esto es lo que acrecienta la santidad en nuestros corazones, y esto es lo que el Santo Apóstol pide para nosotros en la Epístola de hoy, diciendo: «*Ruego al Señor que vuestra caridad crezca más y más en luz y en toda inteligencia, para que sepáis discernir lo que es mejor y sedis puros y sinceros.*» (Verso 9.)

Notadlo bien, amados míos; pide el gran Doctor para nosotros, no solamente que abundemos *en ciencia cristiana*, sino además *en caridad*. «Hay—dice á este propósito San Bernardo—quienes quieren saber las cosas de religión, sólo por saberlas, por adornar su espíritu con este conocimiento, por pasar el tiempo y entender algo de todo, y esto es *vituperable curiosidad*.»—*Turpis curiositas*.

«Hay otros, quienes procuran saberlas únicamente para adquirir reputación de hombres sabios, para ganarse la estimación de la sociedad y dominar en ella; y esto es *necia vanidad*.»—*Turpis vanitas*.

Muchos quieren saberlas sólo por vender su ciencia, sus escri-

tos, sus consultas, sus documentos; y esto es *puro comercio*.—*Turpis quaestus*.

Los verdaderos cristianos quieren también saberlas; pero es principalmente para edificar al prójimo, para instruirle, corregirle, exhortarle; y esto es *verdadera caridad*.—*Vera charitas*.

En fin, hay quienes quieren saber para perfeccionarse á sí propios, para conocer mejor los divinos atributos, y por este medio llegar á un amor de Dios más perfecto; y esto es *grande prudencia*.—*Magna prudentia*.

De todos estos hombres—añade el Santo—únicamente los de las dos últimas clases, son los que hacen bueno y cristiano uso de la ciencia, y esto es lo que pide San Pablo para los Filipenses cuando dice en la Epístola: «*Ruego al Señor que vuestra caridad crezca más y más en luz y en toda inteligencia.*» (S. Bern., Serm. 36 in Cant.)

Yo también, amados míos, hago propias las palabras del Apóstol, y os digo con él: «*Ruego á Dios que vuestra caridad vaya siempre creciendo en toda ciencia, para que sepáis discernir lo que es mejor.*»—(*Ut probetis potiora.*) Es decir, para que sepáis distinguir entre las verdaderas y falsas doctrinas, entre los verdaderos y falsos doctores; porque hoy hay muchos corruptores de la moral y de la Religión, y es preciso estar prevenidos para que no nos seduzcan con sus falsas doctrinas, bajo apariencia de bien. (*Ut sitis sine offensa.*) Y por último—como dice el Apóstol—*para que seamos llenos de fruto y justicia, para gloria y alabanza de Dios.* (*In gloriam et laudem Dei.*) (Verso 11.)

Ved aquí, en resumen, lo que San Pablo enseñó á los Filipenses en su tiempo y lo que hoy nos enseña á todos nuestra Santa Madre Iglesia, para que todos, al fin de nuestra vida, podamos decir con el mismo Apóstol: «*Ah Señor, he peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fe.*» (*Fidem servavi.*) Es decir, he sido fiel á la fe que recibí en el santo Bautismo, he seguido sus luces, y mis costumbres han sido conformes á mi creencia. «*Por tanto, oh justo Juez, tengo confianza en que me habéis de dar la corona de la justicia, que está reservada, no sólo para mí, sino también para todos aquellos que aman vuestra venida.*» (II Timot., IV, 7-8.) Venid, Señor, á nuestro corazón, ahora por gracia y después eternamente por gloria. Amén.